



Ciencia e Historia

El retorno hacia los esquemas ordenadores de la Historia

POR

LUCIANO DE LA CALZADA

Catedrático de Historia de España
y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras

*Cuanto existe me angustia...; todo se me hace
inexplicable y yo mismo sobre todo; todo me
hastía y yo más que todo.*

(KIERREGAARD: «Die Tagebucher», I, 394.)

I

Se observa, cada vez con mayor precisión y eficacia, dentro de la conciencia científica europea, un movimiento de repulsa hacia ese intelectualismo, negativo, e infecundo, que, poco a poco, ha venido arrancando del alma colectiva cuanto, a lo largo de los siglos, amó y creyó. Huracán que arrasa los altares, que en las encrucijadas de la



Historia alzaron los que nos precedieron, sin que a cambio de tanto daño nos traiga en sus alas una sola verdad a la que aferrarnos con la trágica desesperación de los naufragos. La Ciencia vacila entre afirmaciones diametralmente opuestas, y el pensamiento, como pájaro encerrado por cuatro paredes, corre y recorre rutas contrapuestas sin que ninguna, libre de quiebras vacilantes y de curvas desorientadas, rasgue los muros y se abra camino hacia el horizonte con rumbo, anhelo y propósito de eternidad. Clama vacía el alma del Occidente porque tiene, como Agustín, sed de conocer y de amar y no puede verse satisfecha con dirigir sus súplicas a ese *deus incognitus*, eternamente oculto tras una bruma de espesas negaciones; quiere creer fuertemente en algo, recobrar su propio ser llenándole de aquellas ideas elementales y definitivas que dieron, antes, sentido y objeto a su existencia. Ha llegado al excecpticismo sistemático, no como fruto de una convicción filosófica, sino por el amargo sendero del desengaño. No duda para hallar la verdad sino porque desconfía de encontrarla, ya que cuantas veces creyó tenerla entre sus manos y la acarició, como a un niño recién nacido, otras tantas se la arrebataron de entre ellas las degollaciones de inocentes decretadas, desde los olímpos de la Ciencia, por la inapelable decisión de los nuevos Herodes. La voz de un poeta concretó, de modo admirable, esta espantosa angustia de nuestra edad, y en sus versos late la pregunta desgarradora a la que una sabiduría, que ha negado sus propios fundamentos, jamás podrá dar respuesta adecuada: *¿A qué tantos y tantos sistemas peregrinos?—¿A qué tantos volúmenes y tanta ciencia? ¿A qué?—Si lo que más importa, que son nuestros destinos,—se nos esconde siempre; si todos los caminos—conducen al ¡no sé! (1).*

(1). AMADO NERVO: «Obras completas», pág. 489. Biblioteca Nueva. Madrid, 1935.





Insobornable angustia teológica que, pese a todas las variaciones del pensamiento humano, jamás podrá ver en la Ciencia, por muchas mayúsculas de absoluto con que se epigrafie el nombre, un fin en sí misma, sino un medio que en su ejercicio y en sus resultados está condicionado a otra superior determinación. Ella carece de un principio ordenador desde el día que orgullosa quiso dejar de ser esclava de la Teología para convertirse en señora de sí misma; no acertó a ver que su mayor gloria, y su última razón de existencia, estaban, precisamente, ligadas a esa servidumbre que en nada afectaba a su excelencia y perfecciones, pues, como afirma Santo Tomás, *ninguna cosa agota su existencia con existir para otra, ya que, aparte de Dios, no hay cosa alguna que sea exclusivamente un fin en sí misma, porque al mismo tiempo que a sí cada una sirve a otra más alta* (2). Y hoy, tras el *non serviam!* luciferino, purga el delito de su infecunda rebeldía buscando un objeto y un fin que la justifique y dignifique, y la que quiso ser tanto como Dios, se prostituye al borde del camino de la vida, como alivio intranscendente para el ocio de cualquier viandante, o se humilla sumisa bajo las cadenas férreas de la técnica.

Aquella ciencia que fué escolástica totalidad *in unam aliquod reduci*, y *Ars Magna* en el Arbol simbólico de Lulio, perdida, al romper su entronque teológico, la razón aglutinante de procedencia y la ordenadora de jerarquía se fracciona y subdivide en reducidos quehaceres monográficos, que si pueden tener un valor, es sobre la base de que se ejerciten en función, y para el máximo perfeccionamiento, de una síntesis única que arrancando de las últimas consecuencias, ascienda hasta los primeros principios.

Si el Occidente aspira a mantener su puesto de gonfalonero de la civilización precisa un alto en esta marcha

(2) SANTO TOMÁS DE AQUINO: *De Regimine Principum*, I, 2, 3, 5.



desenfrenada, sin norma y sin objeto, cuyo último resultante será la barbarización total de Europa, divorciada de una Ciencia que no ha sabido resolverle los más angustiosos y acuciantes problemas de su vida. Urge, con el apremio inmediato de las necesidades vitales, una rectificación del sistema científico que alcance por igual al hombre y al método, sublimando la conciencia de aquél hasta la apetencia de ideas definitivas y volviéndole a enseñar el viejo camino donde los pasos son seguros y exactos, porque conducen hacia conceptos eternos, frente a los cuales no es posible ni la rectificación ni la discrepancia y dignificando el método para que no sirva de instrumento perturbador en manos de la audacia o de juguete entretenido para los ocios del ignorante. Frente al ensayo, como escarceo intrascendente, hay que poner la *Summa*, que es construcción definitiva de un sistema: frente a la verdad cambiante y variable, de acuerdo con las múltiples exigencias de cada hora, la eterna vigencia de la *Phisolophia Perennis*; frente al desorden anárquico, el *plura ordinata ad unum* y la inflexible rigidez escolástica del método; frente a la norma individual y la indecisa angustia colectiva, un conjunto ordenado donde cada cosa se valore en función de sus principios iniciales y de sus fines postreros, vistos, no de abajo hacia arriba por la Física, sino de arriba hacia abajo, desde la atalaya suprema de la Metafísica; no por perfectos esquemas argumentales lógicos, sino por eternos conceptos ontológicos capaces de romper el sudario de hielo conque un antropocentrismo, egoísta e infecundo, se ha envuelto para morir en su fracaso y recobrar al Hombre para incluirle de nuevo en el giro centrífugo de aquellas amplias determinaciones que se llamaron la Cristiandad y el Imperio. A Europa, y a la Ciencia europea, se le impone, como condición precisa de supervivencia, esta doble tarea de ordenarse y jerarquizarse con referencia a un principio metahistórico y sobrehumano; todo lo que no venga por



estos caminos jamás pasará de ser un vano forcejeo entre las sombras o una precaria solución transitoria. Ni románticas aspiraciones autodeterminativas de los pueblos, de los individuos y de las ciencias, ni rígida uniformidad que aniquile en síntesis artificiosas peculiares características nacionales, espléndidas manifestaciones de la personalidad humana, fecundos resultados de la libertad investigadora. La solución a nuestro mal no radica en el remedio elemental de oponer, o imponer, a una tesis la tesis contraria. El sistema ya está ensayado y fracasado; al fraccionamiento político y espiritual de los nacionalismos se opuso el internacionalismo, que fué el más peligroso y exaltado de los nacionalismos; a la dispersión anárquica de los hombres colectividades standarizadas, donde el egoísmo de aquél fué reemplazado por el egoísmo infinito e insaciable de la Masa; y cuando se quiso dar fin al vagabundeo científico y sujetar a disciplina la libertad investigadora, el evidente descenso del nivel cultural o la mecanización del monografista, sin ojos ni oídos para todo lo que cae un punto más allá de la reducida parcela que cultiva, fueron los tristes resultados del intento. Es que el mal no se evita aumentándole, sino superándole; ni internacionalismo, que es suma de nacionalismos, ni colectivismo, que es conjunto inorgánico de individualismos, ni ciencia ordenada, que es desorden científico por carencia de impulso y de iniciativa; el remedio puede ser, lo fué ya, más completo y perfecto por vía superativa, y radica en el reconocimiento de un principio ordenador del Mundo suficiente para reducir a unidad, desde fuera, la contrapuesta y abrumadora variedad humana. Si, remozando el viejo y exacto símil medioeval, el Cosmos es una obra perfecta que se mueve, sin dudas ni vacilaciones, en torno de un principio, superior a cada una de las partes y al conjunto, el hombre, pieza esencial del mismo, tampoco puede huir de ese mandato *ab initio* ni ser elemento discordante en la perfecta ordenación en



que Humanidad y Cosmos caminan, armónica y conjuntamente, hacia el cumplimiento del Plan divino, enlazado en cada instante, de forma natural y lógica, con la realización de los fines individuales. La solución no está, pues, en intentar ilusorios perfeccionamientos microcósmicos, sino en que los ápices de cada uno, en vez de cerrarse en curvas infecundas sobre sí mismos, se abran en rutas tangentes a la infinita amplitud macrocósmica, para coincidir luego en un punto común y superior a todos, con referencia al cual es posible ordenar, bajo normas jerárquicas, el conjunto. Frente a lo internacional, lo supernacional; frente a lo humano, lo sobrenatural; frente a lo científico, lo teológico. Acaso en esta antítesis radica la última posibilidad de salvarse ofrecida a una civilización que agoniza y a un tipo cultural de hombre que muere con ella; un hombre que, con la angustia del naufrago, se aferra a todos los clavos ardiendo que la vida le ofrece y ensaya, como un enfermo desesperado, los más contrapuestos regímenes en los que las palabras de los médicos, o de los curanderos, le ofrecen la salud; un hombre que daría hoy el plato de lentejas de una Ciencia inútil por una sola verdad en la que creer y a la que amar.

La gran tragedia que llena de amargo pesimismo el alma del hombre occidental es que ha sufrido en sí mismo el fracaso de unos sistemas ideológicos en los que creyó ciegamente; sistemas que, pretendiendo libertarle de lo que se consideraban trabas impuestas a su facultad autodeterminativa, no han logrado otra cosa sino rebajar su condición moral y humana, convirtiéndole en juguete ciego de la casualidad o átomo arrastrado por las corrientes oscuras de la materia; y aquella serena alegría interior que dimanaba de sentirse parte en la gran obra de un Mundo sobre el que se iba realizando el Plan Divino, se ha trocado en esta terrible amargura, en este *tedium viatae* que es la expresión externa de un corazón vacío de unos principios que la Ciencia de varios siglos no



supo llenar con otros. Eres libre, se le ha dicho, y al mismo tiempo se le cerca con muros de fatalidad, de evolución, de determinismo, se le incluye en órbitas biológicas o se le abandona en la selva oscura del acaso, produciendo en él la infinita desesperación de una facultad que carece de objeto donde ejercitarse. ¡Estéril libertad que para nada sirve y con la que el hombre es hoy como un mendigo libre de gastar una fortuna que no posee!

Ilusionado como un niño, creyó que la negación de lo absoluto iba a afirmar lo relativo de su personalidad, que al liberarse de lo abstracto precisaba lo concreto de su ser, que al huir del imperio de la Ley Eterna exaltaba el articulado mecánico de un Código como suficiente para regir y ordenar el complejo de sus relaciones como ente social; creyó todo esto y hoy ve que los resultados han sido diametralmente opuestos; que al negar a Dios se negó a sí mismo; que en el desprecio hacia el Todo se despreciaba como parte, y que la ley positiva, sin el respaldo permanente de la eterna, no es otra cosa sino los restos de un naufragio fluctuando entre las olas, encrespadas y ciegas, de la Revolución. Creyó que se bastaba a sí mismo para adentrarse por la vida y ahora, perdido en ella, sin fe y sin guía, sus gritos de dolor confiesan el absoluto y total fracaso de la soberbia humana que comió de la fruta simbólica de la Ciencia, porque la serpiente repitió a su oído las eternas palabras tentadoras: *aperientur oculi vestri et eritis sicut Dei, scientes bonum et malum* (3).

La mayor libertad no está en la dispersión, sino en la integración, porque ésta no puede ser, en ningún caso, un edificio alzado sobre el desconocimiento de la individualidad humana. La *Universitas* tiene su fin total, pero al mismo tiempo reconoce el valor intrínseco de cada unidad, de cada fin particular, tomando al individuo como

(3) *Génesis*, III, 5.



término postrero de la serie jerárquica; precisamente lo maravilloso del pensamiento totalitario del Cosmos está en que el Universo entero aparece formando un todo articulado, y al mismo tiempo cada existencia, individual o colectiva, se percibe con el doble y simultáneo carácter de parte y de todo; parte en cuanto está determinada por la Causa Final y todo porque ella misma es su causa final, su razón de existencia particular. *Maxime Unus, maxime Bonus* (4), afirmaba el Dante en las páginas *De Monarchia*, resumiendo la vieja fórmula pitagórica que identificaba Unidad con Bien y Multiplicidad con Mal. Nunca es más libre el hombre que cuando actúa como sujeto de la unidad organizada; la libertad para la discrepancia del pensamiento común, clave histórica para Hegel, no pasa de ser una vaga entelequia cuando se ha penetrado en el verdadero sentido de la *Universitas*. Admitida una posición como exacta e inmutable, no hay lugar, ante la evidencia, para la discrepancia. Nadie discrepa de girar con el Mundo como nadie comprende que se luche por conquistar la libertad para hacerlo. Ante lo evidente sólo están la locura o la esterilidad, porque discrepancia ante lo universalmente reconocido, como herejía ante lo dogmático, son movimientos puramente negativos, y por ello sin facultad creadora ni ordenadora; proyecciones centrípetas de elementos inadaptables que sólo son posibles cuando el elemento cohesor, centrífugo, pierde, o disminuye, la fuerza atractiva que une a su propio movimiento el movimiento total de la masa. La libertad aumenta en razón directa a la intensidad cohesora que reúne el conjunto, y por ello, cuando existe el *armonioso acorde de la Unidad*, a que aludía Nicolás de Cusa, los miembros que la integran pueden gozar, sin peligro, de la máxima independencia; que éste y no otro es el maravilloso secreto de una Totalidad jerarquizada, donde, en frase de

(4) DANTE: *De Monarchia*, I, 15.



Dante, *todo ser tiene un fin particular que le da su unidad* (5).

El Hombre y la Ciencia son hoy dos cadáveres que, paradoja trágica, superviven a la desaparición de su propia razón de existir asesinada por ellos mismos y, como en las leyendas medioevales, surgen a los bordes del camino de la vida alucinando al viandante con prometedoras y engañosas apariencias que, por un instante, renuevan la vieja e insatisfecha ilusión para trocarla más tarde en el terrible desengaño de los brazos que se cierran anhelantes en torno de la silueta engañosa de un fantasma. Hijos Pródigos del Reino de Dios, y de la casa solar de la Teología, el dolor de la insatisfacción les ha hecho pronunciar ya las primeras palabras del arrepentimiento: *¡Ay, cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan en abundancia mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre!* (6). Falta ahora que, en una definitiva y heroica renunciación al orgullo que los perdió, retornen humillados a la casa paterna para decir, de rodillas y con el alma, las maravillosas palabras evangélicas: *Padre mío, yo he pecado contra el cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros* (7). Y ése sí que será el día en que la Humanidad pueda decir que ha encontrado su destino y, puesto el anillo de las grandes fiestas y calzadas las sandalias del descanso, sentarse a la mesa del banquete reconciliador, porque *lo que había muerto ha resucitado y lo que estaba perdido ha sido hallado* (8).

II

Si esta desorientación del Hombre y de la Ciencia—que

(5) DANTE: *De monarchia*, I, 3-5.

(6) LUCAS, XV, 17.

(7) LUCAS, XV, 19.

(8) LUCAS, XV, 32.



reconoce como causa indudable la de haberse negado un fin último, y con ello la inalterable permanencia de la ruta que hacia él camina—es posible observarla en todas las manifestaciones espirituales, acaso tiene en la Historia caracteres más agudos y relieves peculiares que la intensifican. La Historia es Ciencia, y Ciencia que específicamente se refiere a la vida del Hombre no es extraño que, por doble motivo, participe ampliamente del fenómeno general de confusión y desorden, entendiéndolo estos términos—urge la salvedad—desde un punto de vista ontológico de principios y fines que nada tienen que ver con la innegable y creciente perfección técnica del método investigador, donde cada día se señala un nuevo avance decisivo y un nobilísimo rigor que parece empeñado en situar la Heurística en el grupo de las Ciencias Exactas.

No radica aquí el problema ni consiste la salvación y la justificación de la Historia en meras perfecciones metodológicas, cuyo ideal no puede estar más allá de atestiguar, definitivamente, la ocurrencia de un suceso; importa atestiguarle, pero importa mucho más valorarle, y la norma para hacerlo forzosamente ha de ser anterior y superior a las reglas concretas y circunstanciales que rigen, en cada caso, las exigencias críticas del investigador. La Historia participa intensamente de esta desorientación de la Ciencia, porque también se apartó de su verdadero camino, del que la guía hacia su fin y al mismo tiempo la justifica convirtiendo en vislumbre profético del futuro de la Humanidad y en guía y pauta del cumplimiento del Plan Divino que le está encomendado realizar, lo que de otra manera sólo sería un frívolo e intrascendente curioso de la vida y de los hechos de quienes nos precedieron.

Venimos asistiendo a un proceso del cual acaso somos cómplices inconscientes, en cuya culminación está la muerte de la Historia privada de su más definitiva razón de existencia. El historiador ha renunciado a su misión



profética e interpretativa, a su altísimo afán semidivino de Prometeo que roba el fuego del pasado para alumbrar las tinieblas misteriosas del futuro y corre el peligro de verse reducido a humilde coleccionista de sucesos. El método ha absorbido a la propia Ciencia para la que fué creado, los medios se han convertido en fines, ha crecido tanto el árbol, que ya no nos deja ver la selva, gime el historiador abrumado bajo la atomización monográfica que no acierta a reunir en síntesis comprensivas y ampliamente fecundas; ríe el profano ante la encarnizada polémica por un día de más o de menos en una fecha, o ironiza escéptico sobre el hecho minúsculo cien veces negado y otras cien afirmado, y lo cierto es que, mientras tanto, en amplísimos sectores espirituales se va concretando esta pregunta, que ya no es inquiridora, sino despectiva: ¿Para qué sirve la Historia? Por otros caminos va llegando nuestra época a aquella afirmación de Nietzsche: *La Historia entendida como Ciencia pura y soberana sería para la Humanidad una especie de balance y final de la vida. La formación histórica no es bienhechora ni fecunda para el porvenir sino cuando impulsa una nueva y potente corriente de vida, una cultura naciente, es decir, cuando está dominada y conducida por un poder superior y no domina ni se conduce a sí misma* (9).

Urgen voces de alarma que penetren en las conciencias dormidas estremeciendo a esas grandes almas absortas en pequeños trabajos; toques de clarín que movilicen integralmente fuerzas enormes que hoy se malgastan en la conquista de objetivos reducidos. La inminencia y la certeza del peligro lo justifican todo. Desde unas páginas, nacidas de esta angustia del Occidente, se lanzaba, no hace mucho, esta escalofriante afirmación, hoy brutalmente comprobada: *Nous n'ignorons pas que la barbarie et*

(9) NIETZSCHE: *Von Nutzen und Nachteil der Historie fuer das Leben*. Leipzig, 1924.



la décadence nous guettent (10). Nadie puede desconocer o negar esta terrible realidad, ni defenderse contra ella escondiendo la cabeza bajo el ala o dedicándose con morbosa indiferencia al cultivo detallado de su pequeña parcela. La salvación de la Ciencia está vinculada al servicio que preste a una civilización que busca su camino; la salvación de la Ciencia y también de quienes la cultivan, pues la deshumanizada obsesión investigadora mientras en Siracusa arde la guerra, termina siempre, no lo olvidemos, con la muerte de Arquímedes.

La civilización occidental, si quiere supervivir a la tremenda crisis que hoy soporta, tiene que resolver un doble problema defensivo: el interior y el exterior. Retornar hacia los viejos y abandonados caminos y allí, en lo que es su propio terreno, reñir la batalla decisiva contra el enemigo, que, como siempre, viene por la ruta del Sol. Para nada sirve especular en un mundo que agoniza ni esgrimir textos inoperantes si el enfermo aguarda en el quirófano. Mientras Constantinopla hervía en disputas estériles el Turco afilaba la cimitarra; mientras el Occidente se desgarraba en lucha fratricida o se entretiene en el vano torneo de un intelectualismo cerebral e infecundo, en la Europa que no es Europa unos ojos observan, y en los senderos helados que vienen de las estepas late de nuevo la sangre antigua que envenena el mandato irrenunciable de Gengiskán y unos rostros mongólicos se crispan con la esperanza de ver realizado el sueño de una milenaria ilusión insatisfecha. Repitamos, como en los tiempos de la Horda de Oro, la vieja plegaria: *A furore barbarorum libera nos Domine*, y que El nos libre también de quienes inconscientemente en nuestro campo pueden ser sus mayores auxiliares, ya que hasta ahora, como en los tiempos del canciller Ayala, *aquí estorbaron*

(10) *Occident. Mars*, 1940, pág. 3.



mucho algunos sabidores—por se mostrar letrados e muy disputadores.

En esta recuperación de sí mismo, problema vital para el hombre del Occidente, la Historia puede prestarle servicios decisivos, ya que su objeto versa precisamente sobre la persona humana, entendida como sujeto de una gran tarea colectiva, gradualmente desarrollada en el espacio y en el tiempo. La Historia puede dar al hombre el centro de gravedad que le falta, pero a condición de que ella recobre antes el amplio y gigantesco vuelo de unos esquemas perdidos; la perspectiva desde lo alto que no valora el detalle por sí, individualizándole en entidades absorbentes, sino como pieza y medio de lograr un conjunto sintético y ordenado; el propósito de considerar superada una época de simple acarreo de materiales para dar comienzo a la fundación del edificio bajo cuyo techo pueda guarecerse una generación que busca en su pasado cobijo para las inclemencias de un presente difícil.

Grandes empresas le están confiadas a la Historia si acierta a colocarse a la altura de ellas y sabe retornar a su vieja misión rectora de la vida, si comprende su destacada función social y la eleva por encima de secundarias tareas preciosistas. No es lícito, cuando se anhela recrear la conciencia de una civilización, que los colosos se entretengan persiguiendo hormigas; que ante la angustia de unos hombres que han perdido su identidad consigo mismo, al perderla con su Historia, ésta continúe siendo mera satisfacción individual o estéril voluptuosidad científica, y que mientras una Edad penetra a ciegas en las tinieblas del futuro, la antorcha del pasado se esconda egoístamente bajo el celemín. Ante un mundo que llora la pérdida de unos mitos simbólicos, derribados, pero no sustituidos, por la maza inexorable de la crítica, y unos hombres que anhelan grandes síntexis acogedoras de su soledad y de sus desengaños, caminos rectos y horizontes libres para su retorno de las mezquinas angosturas posi-



tivistas, calor de tradición para encender de nuevo el hogar abandonado de la Patria, sentido de la existencia determinada y regida, desde el principio, por una Causa Suprema que sostienen los Mundos, pero no olvida al pajarillo, reconstrucción, en suma, de aquel gran orden cosmológico que era perfecto acuerdo entre el *Mayor Mundi* y el *Menor Mundi*, paralelismo exacto del *ordo moralis* con el *ordo naturalis*, a cuya sombra vivió la Humanidad sus horas más felices, logrando, en frase de Landsferg, la inclusión de la Historia, por modo profundo, dentro de la gran realidad eterna, no es lícita la inhibición, y ante el grito angustioso conque esos hombres y esa civilización, de vuelta ya de todos los ensayos, claman, desde la charca de su ruina, por un principio rector al que amar y en el que creer y por un destino al que servir, no es tolerable que la Historia se sitúe al margen del conflicto, renuncie o limite a unos pocos iniciados su vocación magistral, su tarea unificadora de almas y tierras, su altísimo sentido de nexo entre las Edades y testimonio de las etapas sucesivas en que va cumpliéndose un Plan que se inició cuando el Fieri luchaba contra el Caos *mientras las tinieblas cubrían la superficie del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas* (11) y acabará al romperse el Último Sello y desgarrarse el silencio de los espacios por el clamor de la Séptima Trompeta.

En lo más íntimo del hombre—dice Kierkegaard—habita siempre la angustia engendrada por la idea de que pueda pasar inadvertido ante Dios. El sentirse junto a muchos, unidos con vínculos de sexo o amistad, disimula, tal vez, esta angustia; pero, a pesar de todo, la angustia continúa y el hombre apenas es capaz de ponerse a pensar lo que le ocurriría si se quedara solo (12). Esta es la gran tragedia, la terrible agonía antropológica de quienes an-

(11) *Génesis*, I, 2.

(12) *Kierkegaard*. «Die Tafelbücher», I, 249. Innsbruck, 1924.



siando liberarse de todo han acabado por liberarse de sí mismos, convirtiendo la continuidad de la línea histórica de la Humanidad en un fraccionamiento de puntos inconexos abrumados en su pequeñez por gigantescas magnitudes espaciales. El hombre padece soledad y en ella aprendió a valorar exactamente su insignificancia; tiene miedo a enfrentarse aislado con la vida en una coyuntura histórica en que ésta ya no es suave y bella, sino cruel y desgarrada por presentimientos de catástrofe. Quiere incluirse en la Historia concebida, en expresión feliz de Dilthey, como un mundo que camina hacia la Divinidad y en cuyo giro la persona humana no se desvanece, sino que se concreta y precisa, porque al incluirse en él se atenúan y suavizan esos radicales contrastes, pequeñez ante lo cósmico, relatividad ante lo absoluto, contingencia ante lo permanente, totalmente insolubles en la antitética y desoladora contraposición de Hombre y Mundo.

Una gran esperanza se centra hoy en torno de la Historia; de aquí este anhelo por conocerla característico de los momentos actuales, pero quedará defraudada si la Historia y los historiadores no afrontan previamente el problema decisivo de su razón de existencia y el culto al fin sustituye a esta disgregadora idolatría hacia los medios y las modas, porque el seguir la corriente ha sido el gran pecado de nuestra época y en él han incurrido, de manera especialísima, los cultivadores de las disciplinas históricas. *En el pensamiento histórico moderno—ha dicho Landsberg—resalta inmediatamente la falta de moral que consiste en servir a la época. El hombre moderno considera a menudo una evolución histórica como una exigencia moral y desoye la voz de la eternidad para escuchar las sugerencias imperativas de la hora. El malhadado afán de servir a la época, tal como se manifiesta, por ejemplo, en Spengler, no es más que la característica de un defecto moderno, en virtud del cual el pensamiento, en vez de preguntar primeramente por el ser pregunta por*



la Historia. De este mal sólo pueden curar al hombre moderno las palabras maravillosas de la liturgia, que fielmente conservadas durante siglos comienzan hoy a tener una resonancia: Sicut eran in principio et nunc et semper, et in saecula saeculorum. En esta maravillosa frase litúrgica—exclama Landsberg—está el enlace con lo eterno que el hombre de la Edad Media sentía y que tanta falta nos está haciendo a los hombres modernos (13).

La oscilación pendular del espíritu europeo ha llegado al punto máximo de avance dentro de la zona de las existencias, pero en su marcha es posible observar ya los podios de un retorno hacia las esencias, cuya intensidad, forzosamente, estará en relación directa con la fuerza oscilatoria que lo apartó de las mismas. Se va precisando la urgencia de ordenar y reducir a principios más simples y comprensivos el caótico y multiforme botín que el hombre ha recogido en su excursión ilusionada por los prometedores senderos de las filosofías existenciales. La vida; en sí, no es suficiente para explicar y jerarquizar, ni mucho menos resolver, la infinita complejidad de la ecuación Dios-Mundo-Hombre, y a éste no le basta con sentir su historicidad como consecuencia de una temporalidad que abruma su alma nacida para lo eterno, sino que busca, por inclusión en la superior totalidad de la Historia, una permanencia que su naturaleza transitoria no puede concederle. Aquí, y sólo aquí, está encerrado el verdadero sentido de la angustia humana fruto de este constante y trágico desgarramiento producido por las fuerzas, contrarias y antagónicas, que arrastran hacia dos centros distintos a la carne percedera y al espíritu inmortal. La vida es una simple y desesperante temporalidad cuando no se observa desde el ángulo de su transcendencia, que la justifica no sólo en su proyección individual extrate-

(13) LANDSBERG: «La Edad Media y nosotros». Madrid, 1925, páginas 25-26.



rrena, sino también considerándola como una parte, necesaria y operante, del cumplimiento del Plan establecido, *ab eterno*, sobre el Mundo.

Frente a escuetas temporalidades, asfixiadas por su limitación, se alza espléndida y consoladora la gran visión, teológica e histórica, de la existencia: La antorcha, recogida de las manos yertas del agonizante, pasa a otras manos, que la avivan con la velocidad de una carrera entusiasta, hasta que, también para ellas, llega la hora del nuevo relevo, que no es la de la aniquilación, sino la del descanso y el premio; y así, en el cumplimiento de los destinos individuales, se va cumpliendo también por etapas sucesivas un permanente y superhumano destino colectivo, ya que si los portadores de la antorcha son diversos y sus tumbas señalan las jornadas recorridas, la llama es siempre la misma y el resplandor que deja a su paso es como un círculo de fuego que, iniciado, en Dios busca, a través de los siglos, cerrarse, perfecto y exacto, en su punto de origen.

Entre la visión historiológica cristiana y los existencialismos, forzosamente limitados por la temporalidad, se abre el abismo que separa el ritornello trágicamente fatalista de Heidegger: *El hombre es un ser para morir* y aquel sereno y esperanzado *¡Memento mori...!* que no es aceptación resignada de lo inevitable, sino gozosa comprensión de que sólo puede entenderse plenamente la vida mirándola, desde ese punto de tangencia con lo eterno que es la muerte.

De igual manera que la Teología da al hombre la conciencia de su destino ultraterreno, la Historia puede calmar la angustia de su finitud y la tristeza de su acabamiento, dándole una maravillosa supervivencia de su personalidad resumida en la obra colectiva. Pero antes, insistamos sobre ello, es preciso que se declare superada una etapa analítica por otra de ambiciosos intentos sintéticos y constructivos y, como antecedente previo para



su encuadramiento, que se recuperen los viejos esquemas, que, por eternos, no han perdido su inmutable vigencia, entre cuyas líneas es posible centrar y reducir a unidad de acción y de propósito lo que de otro modo sólo puede ser inexplicable conjunto, desordenado y caótico, de vivencias inconexas. Sólo así podrá la Historia dar cumplimiento al servicio que de ella espera la Humanidad; no por el desorbitado nimetismo científico que, en último término, nunca podrá aspirar a más que convertirla en inexacta matemática del hecho humano, sino con la amplia visión Agustiniiana que la trueque en gigantesco escenario del secular drama teoandrico y digno lugar donde puedan encontrarse, de nuevo, el Hombre y Dios.

